



La limpidez del mal. El mal y la historia en la filosofía de F. W. J. Schelling

Ana CARRASCO CONDE

“Nuestra acción histórica debe ser pensada desde un mal indestructible”, cita Ana Carrasco a Raúl Gabás en el prefacio de *La limpidez del mal*, y nadie mejor que Schelling como compañía para realizar esta tarea. La autora, que publica con este su segundo libro, lleva a cabo un denodado ejercicio de arqueología y espeleología estudiando las grietas y cicatrices constitutivas de la historia para, en último término, poder pensar con y a partir de Schelling nuestro tiempo. Para ello, se centra en la compleja vinculación entre el mal y la historia tanto en obras clave del filósofo para abordar esta cuestión, como las *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana* (1809) o las *Lecciones privadas de Stuttgart* (1810), como en escritos menos citados como el *Magisterschrift* (1792) y la *Filosofía de la revelación*. Se trata, en todo caso, de un ensayo cuya lectura resulta igualmente interesante tanto para quienes ya se hayan iniciado en la filosofía de Schelling como para quienes (aún) no lo han hecho pero se sienten llamados por la temática.

La otra odisea de la conciencia, una de las expresiones más recurrentes en *La limpidez del mal* y en clara oposición a la odisea hegeliana, es la del Yo que se hace a sí mismo y deviene consciente de sí a través del concepto de mismidad (concepto central en la primera obra de Ana Carrasco, *El infierno horizontal*, publicada en esta misma editorial), y que en su mismo despliegue nos arroja la visión de una razón resquebrajada, con una cara

ominosa íntimamente ligada a la existencia de un mal efectivo, irreducible, inasimilable, en la historia. Una odisea que se nos describe en términos de campo de batalla, de lucha entre fuerzas encontradas de la conciencia que ansía devenir ella misma, y que tiene como mito fundamental el mito de la caída del hombre, caída siempre elegida libremente desde la eternidad y como pecado original.

El estudio se vertebra en tres apartados, que analizan, respectivamente, la posibilidad, la efectividad y la necesidad del mal. En 279 páginas, haciendo referencia a corrientes y autores tan variados como Platón, Aristóteles, Fichte y Kant, el neoplatonismo y la mística judía, Paracelso y los *Naturphilosophen*, entre otros, el libro trata de dar cuenta de la evolución de la concepción schellingiana del mal a lo largo de su pensamiento y de las referencias principales del mismo en diferentes cuestiones. El lector puede encontrar también en él diversas referencias (explicitadas en la útil bibliografía al final de la obra) a estudios contemporáneos acerca de las cuestiones tratadas. Entre los distintos pensadores que desfilan en las páginas de *La limpidez del mal*, Hegel aparece generalmente a modo de contrapunto total de los planteamientos schellingianos, como adalid de una razón que todo lo subsume y cuya lógica pretendería acabar, de manera ilegítima, con todo resto, con toda cicatriz y con todo mal en la historia. Claramente, Ana Carrasco está haciéndose eco de una larga estela de incomodidades por la consumada voracidad del concepto hegeliano, argumentando, con armas de Schelling, que el mundo, en el fondo –y la elección de esta palabra es intencionada–, no tiene lógica.

La infinita capacidad de los textos hegelianos para generar enemigos y despertar profundas, y a menudo fértiles, animadversiones, con todo, tiene como uno de sus resultados más usuales el no prestar una gran atención a los procedimientos de éste más allá del hecho de que se produzca o no efectivamente dicha subsunción, atención que, por otra parte, lectores de Hegel podríamos apreciar y que podría tal vez resultar en una profundidad aún mayor del sentido de muchas de las críticas realizadas por su viejo amigo Schelling.

En la primera parte de la obra, la autora nos sumerge con ella en los abismos de una divinidad que, lejos de permanecer encapsulada en sí misma, se levanta contra su propio fondo para devenir existente. Este Dios del filósofo, en tanto que voluntad que nada quiere, siente un ansia irrefrenable de serse y saberse y sale de sí mismo. Este paso del fundamento a la existencia constituye el nacimiento de la alteridad, y abre la posibilidad del mal como aquello que, estando en Dios, ya que tiene su origen último en el fundamento abismal divino, no es Dios mismo. Como resultado de la lucha entre las distintas manifestaciones de las fuerzas expansivas (despliegue para encontrarse en una unidad más alta) y contractivas (el curvarse sobre sí para conformar una matriz), la autora analiza la entera creación divina como parte del proceso necesario por el que la divinidad va tomando conciencia de sí desde su inconsciente. Estas fuerzas, que en Dios son inseparables y están en equilibrio perfecto, se separan en el hombre, quien aparece en el mito de la caída como responsable de un movimiento de autoposición, análogo al divino, por el cual mira por sí mismo y no por el orden universal: con el pecado original se abre el proceso histórico y se contagia así el pecado, la corrupción, a la entera creación.

En el hombre, la posibilidad del mal que yacía en el fundamento deviene efectividad gracias a la acción de su libertad. El lector se encuentra aquí con un desarrollo de la noción de libertad a partir de concepciones vigentes en la época de Schelling, principalmente kantianas, y de la propensión al mal existente en el hombre, con base en *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Adquieren, además, una notable importancia en esta segunda parte la *Teodicea* de Leibniz y el *De servo arbitrio* de Lutero. El mal es entera responsabilidad del hombre, que es libre absolutamente para decidirse pero cuyo

carácter está siempre torcido, *qua* hombre, desde la elección originaria, absoluta y desde la eternidad que es la del pecado original. Lo que es efectivo es lo que se da en ese tiempo que es *decreatio*, ruina del mundo, naturaleza deformada y teñida de melancolía, abierto por el hombre al hacer irrumpir el mal en la naturaleza inocente. El mal es real porque se da de facto en la experiencia y sus efectos pueden ser rastreados claramente en ella; sin embargo, aunque sea efectivo, nunca puede alcanzar la efectiva realización porque no puede superar su oposición con el bien. Su necesidad, cerrando el argumento con la tercera y última parte del libro, le viene dada porque sin él negaríamos el despliegue divino, a través del cual los principios, separados en el hombre, vuelven a unirse en un vínculo más alto y consciente de sí, posibilidad por el amor. La irrupción del mal, y, con él, de la historia, es necesaria metafísica y moralmente para la consumación de la revelación divina, de la efectiva realización de Dios que tiene como final la expulsión del mal fuera del bien, su sometimiento, su encarcelamiento. Pero nunca la imposibilidad de que siga maquinando.

Pues bien: como el título del libro sugiere, el mal es *límpido*, es decir, sin mácula, perfectamente decantado. Como buenos opuestos que son, el bien y el mal se requieren el uno al otro y sólo pueden someterse entre sí, nunca eliminarse completamente; es por eso que Ana Carrasco señala insistentemente que “el mal nunca duerme”, no se desvanece ni es nunca completamente eliminado: debemos estar siempre en guardia y ser conscientes de nuestro carácter quebrado y nuestro fondo abismático y gutural. Como vasos de la luz divina, imagen, por otro lado, paulina, debemos hacernos lo suficientemente fuertes para retenerla y no quebrarnos, exhorta nuestra autora. Y esta fortaleza surge de la constante lucha contra el egocentrismo egoísta y contra las tendencias negadoras de la alteridad como siendo lo irreduciblemente otro, no asimilable de ninguna manera. La identidad tiene como semilla la alteridad, y el mal consiste en intentar desoír este hecho.

La primera frase de este escrito indica la tarea que en la que el libro se propone profundizar, que es la primera de dos tareas urgentes. La segunda, que aparece en el estudio introductorio antes citado, y que este libro no aborda ni se propone abordar directamente, es la de “acercar de nuevo la filosofía a las cascadas religiosas”. Sería de agradecer que la autora ofreciera en *La limpidez del mal* alguna argumentación acerca de si es adecuado, o siquiera posible, abordar la primera cuestión sin abordar la segunda, de si tal proyecto podría ser realizado de manera satisfactoria. Excepto en el caso de Lutero y de la referencia a algunas de las cuestiones de la cábala, sin contar las reflexiones kantianas, por no ir demasiado lejos, en torno a la cuestión, en ocasiones se echa en falta la explicitación de los lazos y deudas profundas de Schelling con la tradición judeocristiana. Este hecho es especialmente llamativo cuando la manera de tratar la cuestión del mal está aquí tan enraizada en esta tradición e, incluso, se hace referencia a cuestiones tan debatidas y troncales como la del pecado original, el origen y el alcance del mal, o el libre albedrío.

En cuanto al trabajo de edición, nos hallamos ante una edición limpia y cómoda, que permite una lectura fácil sólo entorpecida por un número erratas más alto que el deseable, que, sin embargo, no llevan a malentendidos significativos respecto al contenido del libro; problema que esperamos que pueda ser completamente subsanado en las siguientes ediciones.

En definitiva, *La limpidez del mal* es una apuesta por la vuelta a las reflexiones en torno a la historicidad del absoluto del ubérrimo Schelling, que tanta influencia ha tenido en el desarrollo de la filosofía de occidente. Proponiéndose la tarea de pensar nuestro tiempo con y a partir de esta vuelta, nos ofrece algunas claves para pensar nuestra acción en el mundo y para reflexionar acerca de la vieja máxima de que la soberbia es el origen de todos los pecados.

Ficha técnica del libro:

Título:	La limpidez del mal. El mal y la historia en la filosofía de F. W. J. Schelling
Autora:	Ana CARRASCO CONDE
Editorial:	Madrid, Plaza y Valdés, 2013
Número de páginas:	289

María Inés LÓPEZ DEL PINO